graciada tiene la cabeza trastornada; desatina. Poco ha faltado para que lo dijera todo delante de mi marido.

—¡Miserable bribona!—exclamó Furbicio;—es el vino. Y eso que no ha bebido mucho. ¿Pero no ha dicho nada de más?

—Moulinet la impuso silencio; sin eso, estábamos perdidos.

Furbicio respiró.

—La escopeta está allí,—dijo.

—¿Cargada?

—Cargada. ¿Dónde está Pascoul?

A esta pregunta, Margarita tembló de piés á cabeza.

—¿No podrias matarle sin ruido?—preguntó.—¡Ah! ese ruido me causa miedo.

—Es imposible evitarlo. Envia á tu marido aquí, despues sube á tu cuarto. Las ventanas están al otro lado; no oirás nada. Además, para mayor seguridad, mete la cabeza entre las almohadas.

—Sí, seguiré ese consejo; pero tú, ¿cómo vas á componerte para no ser descubierto?

—La noche es oscura; en cuanto haya disparado echaré á correr hácia Gordes. Muy listo ha de ser el que me atrape.

—Al ménos, procura no errar el tiro.

—Descuida. He puesto en mi escopeta tres cascabeles á guisa de balas. Envíale hácia este lado.

Margarita pasó su mano por su frente. Hacía frio; estaba allí con la cabeza desnuda, sin abrigo, y sin embargo gotas de sudor corrian por su cara. Se acercó á su amante.

—Quiero besarte,—le dijo;—esto te dará valor.

Cuando ella se marchó, Furbicio, sin temblar, fué á coger su escopeta al sitio donde la habia escondido. Segun lo habia dicho, la noche era oscura; pero sus ojos estaban acostumbrados á la oscuridad. Además la luz que salia de las ventanas de la granja iluminaba la parte del patio por donde Pas-

coul debia pasar, dejando en la sombra la en que Furbicio estaba. Por un exceso de prudencia, permaneció fuera en el camino.

La gran puerta contra la que se hallaba apoyado estaba desvencijada, desunida, medio arruinada. Habia, á la altura de un niño, una hendidura producida por la vejez de la madera, de ocho centímetros de largo y siete de ancho. Pasó por ella el cañon de su escopeta, se arrodilló y esperó en silencio. Así colocado, tenía la puerta de la casa enfrente de sí á algunos metros; á su derecha, el camino de Gordes; á su izquierda, el de Vaucluse.

Hacía cinco minutos que estaba allí, cuando la puerta de la habitacion se abrió, y el interior de la sala donde habia tenido lugar la cena apareció á Furbicio en toda su extension. Reconoció á los convidados. Pero al que reconoció primero fué á Moulinet, que se dirigió hácia la cuadra. Detras de él se adelantaba Pascoul. Apoyado en un baston, muy abrigado, el arrendador miró al cielo cubierto de nubes, aspiró algunas bocanadas de aire; despues, volviendo á cerrar la puerta tras sí, dió tres pasos hácia adelante.

Furbicio esperó á que Moulinet hubiera desaparecido en la cuadra. Entónces montó su escopeta sin apoyarla en el hombro. Apuntando de abajo á arriba, tuvo durante algunos segundos á Pascoul enfilado con el cañon de su escopeta, y, cuando le vió enfrente de sí, disparó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XV.

Salió el tiro. Las tres balas le alcanzaron.

Pascoul giró sobre sí mismo y cayó de espaldas, lanzando un grito desgarrador. Atraidos por la detonacion y por sus gemidos, las gentes de la gran-

ja, con Federico Borel á la cabeza, se lanzaron hácia él, miéntras que Moulinet salia de la cuadra, contemplando, estupefacto, el horrible espectáculo que tenía ante sus ojos.

—¡Me han asesinado!—dijo Pascoul con voz apagada.—¡Un sacerdote; pronto, un sacerdote!

—Y un médico,—exclamó Federico.

—Pedro, toma un caballo y corre al pueblo á pedir socorros,—añadió Moulinet dirigiéndose á un criado.

Al mismo tiempo, Moulinet y Federico, ayudados por las criadas, levantaron al desgraciado Pascoul, tendido sin movimiento en el suelo, y le llevaron á su cuarto. Cuando estuvo colocado sobre su cama, Federico, queriendo evitar á Margarita la vista de su marido ensangrentado, mandó á las mujeres que estaban allí fueran á su lado é impidieran que entrara en el cuarto. Esta precaucion era inútil. Margarita se habia encerrado en su habitacion y no habia oido el escopetazo. Solo los gritos que se oian por todas partes en la granja acababan de hacerla saber que el crímen se habia consumado. La encontraron al pié de su cama, inclinada hácia adelante, con la cabeza apoyada sobre los colchones. Creyeron que lloraba, y respetaron su dolor. Pero en su rostro, si le hubiera levantado, no se hubiera visto una lágrima. Sus ojos estaban secos, su boca muda. No pensaba más que en dos cosas: ¿Furbicio estaba en salvo? La emocion no mataria al hijo que ella llevaba en su seno?

En medio del inexplicable desórden causado por aquella catástrofe, la Valbray habia quedado sola en la gran sala, dormida delante de la mesa abandonada. El ruido la despertó. Los vapores del vino se habian disipado y solo la quedaba cierta perturbacion en el cerebro. Escuchó las diseminadas voces que se oian en el patio, y encima de ella, en la escalera, en los cuartos. Volvió á recordarlo todo y se dibujó sobre sus labios una sonrisa.

Algunos minutos se pasaron. Despues subió y pudo llegar hasta el lecho de Pascoul rodeado por todos.

—¿Ha muerto?—dijo en voz baja.

—No, pero poco le falta.

—¡Qué desgracia tan grande!

—Es horrible,—contestó uno.—En vano se preguntan todos quién ha podido dar el golpe. Pascoul no tenía un enemigo en el país.

—Ya se descubrirá,—replicó la pordiosera meneando la cabeza con ademan significativo.

Un instante despues salió para tratar de reunirse con Furbicio y darle parte del éxito que habia obtenido su escopetazo.

Eran las diez próximamente. La Valbray, que, ya lo hemos dicho, no habia aún recobrado del todo sus sentidos, tomó á su izquierda en lugar de tomar á su derecha el camino de Gordes. Anduvo cerca de tres cuartos de hora, creyéndose en su camino. Absorta en sus pensamientos, ni miraba ni veia nada en torno suyo. Aquella miserable vieja se sentia á gusto y encontraba un placer en andar mezclada en el crímen. Pascoul, que la habia dispensado mil favores, á quien, tres años antes, habia servido, cuando arrastrado por su pasion habia cometido el único acto vituperable de su vida; Pascoul agonizaba, y ella no pensaba ni en llorarle ni áun en compadecerle. Unicamente se preguntaba cómo Furbicio, libre por una parte, llegaria á desembarazarse de su mujer, é imaginaba un plan que someterle.

Miéntras que su depravada imaginacion trabajaba así, tropezó de repente contra una roca y advirtió que se habia extraviado. Miró con inquietud en torno suyo, y no pudiendo orientarse á causa de la oscuridad de la noche, trató de volverse atras. Esta tentativa la hizo internarse más en el laberinto de rocas en medio de las cuales se habia perdido. Aún anduvo un poco más, obligada á subir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

una senda que ascendia ante ella. Despues se detuvo de nuevo. Allí habia otra senda; pero ésta descendia. La tomó, esperando que la conduciria á algun sitio que ella reconociera.

Así sucedió, en efecto: en el momento en que llegaba al final de aquella estrecha vereda, tallada en una masa caliza, la luna, atravesando las nubes, iluminó de repente el paisaje. La Valbray se encontraba en el valle cercado de rocas, en medio del cual está situada la célebre fuente de Vaucluse.

Tranquilizada por de pronto, se dispuso á tomar de nuevo el camino de Isla, único medio que la quedaba para llegar á la pequeña aldea de Vaucluse, desde donde la sería fácil dirigirse á Gordes; pero á cada instante la luna se ocultaba entre espesas nubes. Tuvo miedo de perderse otra vez; dió algunos pasos hácia adelante; despues, ciñéndose el manto en torno de su fatigado cuerpo, con la cabeza trastornada, se sentó en un nicho tallado en peña viva.

Enfrente de ella se encontraba un enorme monton de rocas de una altura de más de cien metros, terminado por una vasta meseta, primer estribo de una serie de colinas apoyadas unas contra otras y que van á unirse con los Alpes en Briancon.

Al pié de aquellas rocas cortadas á pico hay un pozo ancho y profundo sobre el que se inclinan osadamente y del que nace la fuente de Vaucluse. En el mes de Diciembre, el agua brota en abundancia, se extiende, produciendo ruidos secos y violentos, en un lecho cuyo fondo tiene la tersura del mármol, y forma varios arroyos que, despues de reunirse, llegan á ser el pequeño rio que con el nombre de la Sorgue baña una parte del Condado-Venesino.

Se creeria uno encerrado por todas partes. La piedra de las colinas es pardusca, árida, desnuda. En aquel rincon silvestre y perdido en medio de una exuberante vegetacion, no hay más árboles que

una higuera que crece con trabajo en una excavacion de la montaña y que, segun cuentan, daba ya frutos en tiempo de Petrarca. En fin, dominando aquel valle cerrado que ha dado su nombre al departamento, cuya cabeza de partido es Avignon, se levantan las ruinas de un castillo llamado sin razon el castillo de Petrarca, y que pertenecia á la familia de Sade despues de haber albergado al cardenal de Cabassol, el íntimo amigo del poeta italiano.

A la pálida claridad que la luna esparcia por intervalos, el paisaje tenía un aspecto espantoso. Las ruinas se asemejaban á los descarnados brazos de un esqueleto. Las rocas, amontonadas las unas sobre las otras, parecian prontas á desprenderse y á precipitarse en el abismo. El agua, corriendo con estrépito, era la única que turbaba el silencio de la noche. Por la primera vez de su vida quizás, la Valbray tuvo miedo. De repente creyó ver que se levantaban fantasmas en la cima de las rocas. Creyó oir que de las gargantas vecinas salian los gemidos de Pascoul. Pálida, con la mirada hosca, abandonó rápidamente su sitio y se dirigió por la parte del agua. Sus dientes castañeteaban, y de sus trémulos labios se escapaban palabras incoherentes. Contempló el agua que daba vueltas con rapidez. Su miedo se aumentó. Trató de gritar, de pedir socorro. Su garganta despidió un sonido ronco que el mismo eco se desdeñó de repetir.

Entónces quiso huir. Pero no sabía por dónde.

Saltaba, andaba, corria, y de pronto volvia sobre sus pasos. Perdia la cabeza como esos pájaros asustados por el ruido y que van á chocar despavoridos contra los alambres de su jaula. Al mismo tiempo, los fantasmas se lanzaban de las rocas para alcanzarla; los gemidos de Pascoul subian más distintamente del abismo.

Aterrada, medio loca, se arrancaba los cabellos y daba vueltas en el silencio de la noche como arrastrada por una danza infernal.

—¿Adónde huir? ¿cómo huir?—exclamó.

La luna daba entónces de lleno sobre las rocas que dominan la fuente. En el desórden de su espíritu, la pareció que por allí podria salvarse, y se lanzó furiosamente por aquel lado escalando una roca. Habia recobrado las fuerzas de su juventud. Sus piés se apoyaban sobre el resbaladizo terreno y permanecian fijos en él con la solidez de un baston herrado.

Así subió durante unos diez minutos, siguiendo una senda que rodeaba horizontalmente los costados de la montaña.

De repente retrocedió lanzando un grito. La senda estaba cortada; un paso más y rodaba al abismo.

Quiso volver á bajar la rápida pendiente que acababa de subir, pero sus fuerzas estaban agotadas. Sus piernas empezaron á temblar.

Permaneció allí durante algunos segundos inmóvil. Despues cayó desplomada. La sangre brotó de su frente y tiñó las piedras. Su cuerpo rodó de roca en roca hasta la base de la montaña y fué á rebotar en el pozo. El agua se arremolinó. Esto fué todo.

Furbicio podia, desde entónces, negar descaradamente su crímen. La muerte acababa de arrebatar á su única confidente, y nada tenía que temer de Margarita, su cómplice.

A la misma hora Pascoul se moria. Cerca de su lecho ensangrentado velaban Federico Borel y Moulinet. El médico y el juez de paz no habian llegado aún, y Margarita no se habia presentado en el cuarto de su marido. Los dolores del desdichado arrendador debian ser terribles; fuera de sí, loco de dolor, trataba alguna vez de arrojarse de su cama y destrozarse la cabeza contra la pared.

—¡Que me acaben de matar! ¡que me acaben de matar!—gritaba entónces en su delirio.

Despues, ya sin fuerzas, volvia á caer aniquilado, jadeante, medio muerto; sus ojos se cerraban, y de sus labios, ya frios, se escapaban sonidos inarticulados, frases sueltas, quejas ahogadas, algunas veces gritos terribles.

No pudiendo aliviarle, no atreviéndose á tocar á sus heridas por temor de hacerle sufrir más, Federico Borel y Moulinet permanecian silenciosos al pié del lecho y miraban espantados. Moulinet, profundamente conmovido por aquella escena, habia olvidado todos sus celos, todos sus rencores. Se le oía llorar.

—¡Me ahogo! ¡me ahogo!—dijo de repente Pascoul tratando de levantarse;—¡agua, agua!

Moulinet tomó de encima de la mesa un vaso de agua azucarada que acababa de preparar, y acercándose á la cama, precedido de Federico, que llevaba una lámpara, se inclinó sobre el herido. Entónces Pascoul abrió los ojos, miró á su criado cuyo semblante se hallaba en aquel momento alumbrado por la lámpara, hizo un supremo esfuerzo para rechazar el vaso que le tendia, y exclamó en su delirio:

—¡Véte ¡véte! ¡tú amabas á Margarita; tú eres el que me ha muerto!

—¡Yo! ¡yo!—exclamó Moulinet.

Quiso protestar, pero le faltó la voz.

—¡Llamad á todo el mundo!—gritaba Pascoul, á quien el dolor habia vuelto loco;—¡llamad á todo el mundo! ¡El es el que me ha muerto! ¡Es preciso que me venguen!

Su cuerpo estaba inclinado hácia adelante; su mano derecha se extendia amenazadora y señalaba á Moulinet.

—¡Llamad!—repetia—¡llamad!

Pero aquel esfuerzo habia agotado sus fuerzas. Su brazo cayó inerte, sus ojos se cerraron y su cuerpo se desplomó con la inmovilidad de la muerte. En aquel momento entraba el médico; pero ya era tarde. Ahogado por un flujo de sangre, el marido de Margarita acababa de espirar.

XVI.

El médico, asistido del juez de paz, del comisario de policía y del sargento de gendarmes, procedió á las primeras diligencias, miéntras llegaban los magistrados de Apt, á los que se habia avisado. Reconoció que la víctima tenía varias heridas: la primera, de centímetro y medio de ancho, se hallaba situada en la articulacion externo-clavicular izquierda; la segunda, del mismo diámetro, entre la cuarta y la quinta costilla derecha. La distancia de una herida á otra era de diez y seis centímetros. Finalmente, se veia en la parte media del espaldar, entre la base del omoplato derecho y la columna vertebral, un tumor de tres centímetros de diámetro, ocasionado por un proyectil que, despues de haber atravesado el pecho, se habia alojado entre el tejido celular y la piel.

De estas diligencias resultaban tres hechos que debian ilustrar singularmente á la acusacion: primero, el tiro habia sido disparado desde cierta distancia, puesto que existian dos heridas á diez y seis centímetros una de otra, por una sola detonacion; segundo, aquellas heridas habian sido hechas de abajo arriba; tercero, la víctima habia sucumbido á consecuencia de una doble hemorragia interna y externa.

El reconocimiento duró toda la noche; no se terminó hasta cerca de las cinco de la mañana. A esta hora la cocina de la granja y el comedor estaban llenos de personas que habian acudido á la noticia del crímen, varios parientes de Pascoul, la mayor parte de sus vecinos, y por fin, Federico Borel, Moulinet y el personal de la granja. Todos rodeaban al juez de paz, que interrogaba á los unos y á

los otros, tratando de reunir datos para descubrir al culpable. En aquel momento apareció Furbicio.

La víspera, una vez cometido el crímen, se habia lanzado en el camino de Gordes, despues de haber arrojado su escopeta en el pozo de la Bastida-Nueva. En el pueblo se habia presentado en algunas casas, se habia afeitado en la barbería y habia bebido en la taberna con varias personas. En una palabra, hasta las diez, habia hecho todo lo necesario para preparar la coartada. En seguida habia vuelto á su casa, á fin de pasar en ella la noche, y por la mañana, despues de haber llamado inútilmente á la puerta de la Valbray, se habia ido á la Bastida-Nueva.

—¿Qué desgracia ha sucedido aquí?—dijo al entrar.—Me lo acaban de decir; pero yo no lo he creido.

—Pues sin embargo, es verdad,—le contestó secamente Federico Borel.

Furbicio se calló; pero al cabo de algunos instantes preguntó por Margarita, y supo que se habia encerrado en su cuarto, entregándose á su dolor y despidiendo á todas las personas que se ofrecian á acompañarla. Furbicio subió á su vez, y pudo entrar en la habitacion de su querida.

—Te agradezco el que hayas venido,—le dijo ella;—necesitaba verte. He pasado una noche horrible; he temblado por nuestro hijo. Pero vive, y por él quiero permanecer tranquila y evitar las emociones violentas.

Despues pidió á su amante detalles sobre el crímen. El se los dió.

—No pueden sospechar de tí,—dijo Margarita.—Se acusa á otro. Sobre todo, nada de imprudencias; ¡va en ello la vida!

—Puedes estar tranquila; soy dueño de mí,—contestó.

Se separaron, y Furbicio volvió á bajar á la sala donde estaban todos.

—¡Pobre amigo Pascoul!—exclamó delante de todo el mundo.—¡Qué monstruo le odiaba hasta el punto de asesinarle! Su carácter afable y franco hacía que fuera amado y apreciado de todos. Nadie le queria mal. ¿Cómo adivinar el nombre del miserable bribon que ha dado el golpe?

A estas palabras Federico Borel se acercó á Furbicio.

—¿No sabeis nada sobre ese particular?—le dijo en voz baja.

—¿Estais loco, Borel,—exclamó el chalan,—ó es que quereis vengaros de las desavenencias que hemos tenido en otro tiempo? Felizmente, me han visto ayer en Gordes á la hora en que se cometía aquí el crímen, y nada tengo que temer.

—¿Y quién piensa en acusaros?—replicó Federico volviéndole la espalda.

—Mejor será que me vaya,—se dijo Furbicio, confesándose que acababa de cometer una primera imprudencia.

Se dirigió hácia la puerta; pero encontró al sargento de gendarmes.

—Quedaos, señor Furbicio,—dijo éste.—Erais amigo del difunto; acaso podais proporcionar algunos datos importantes al juez de instruccion que va á llegar.

Temiendo despertar sospechas si se negaba á ceder á la invitacion del sargento, Furbicio se quedó. Se sentó en una silla en un rincon, y se le oyó prorumpir en exclamaciones de pesar por su amigo Pascoul.

—¡Cuánto daria por tener en mi poder al que le ha muerto'—exclamaba de vez en cuando.

A pocos pasos de él, Moulinet estaba sentado, triste, pálido, conmovido. Aquel sombrío drama habia cubierto de luto su alma. No podia apartar de su vista la imágen de Pascoul moribundo y arrojándole á la cara una acusacion terrible. Federico Borel, que habia oido aquella acusacion, ¿la

daria crédito? ¿La pondria en conocimiento de los jueces? Moulinet no se atrevia á interrogarle sobre este particular.

Despues, en el fondo de aquella terrible aventura, veia el dolor de Margarita, dolor que le despedazaba el alma. Bien sabía que no amaba á su marido como se ama á un amante, pero creia que profesaba un afecto sincero á Pascoul. Presa de tan crueles reflexiones, no atreviéndose á levantar los ojos, humilde y taciturno en un rincon, bien podia pasar por el culpable. Esta fué la idea que se le ocurrió á Furbicio; quiso al punto sacar partido de ella, y acercándose al sargento:

—¿Creeis que el culpable esté aquí?—le preguntó.

—Si yo lo supiera, el trabajo de la instruccion se simplificaria mucho. Pero para que el culpable se atreviera á permanecer aquí, necesitaba ser muy descarado.

—Y además,—replicó Furbicio,—me parece que se delataria. Cuando un hombre ha cometido un crímen, se le debe conocer en la cara.

—No siempre,—contestó el sargento;—hay personas que tienen una osadía sin límites.

—Es verdad. Pero, en fin, si tuvierais que buscar al culpable, empezariais por examinar los semblantes é interrogar á la gente.

—Ciertamente.

—Y mirad, Moulinet, por ejemplo, que está allí en un rincon, ¿no os infundiria sospechas?

—A fe mia, no está al parecer muy tranquilo.

Al pronunciar el sargento estas palabras, hubo en el patio de la granja un gran movimiento y entraron cuatro personajes vestidos de negro, acompañados de un oficial de gendarmes. Eran el juez y el procurador imperial del tribunal de Apt, un médico juramentado, encargado de practicar las diligencias médico-legales, y un escribano comisionado para tomar acta de las declaraciones. Eran cerca de las nueve de la mañana.

El primer cuidado de los magistrados fué examinar el cadáver, oir el dictámen de los médicos, tomar algunos datos sumarios y reconocer con atencion el sitio en que se habia cometido el crímen.

Terminados estos preliminares, iban á entrar en la gran sala de la granja y á proceder con órden á diferentes interrogatorios, cuando el sargento de gendarmes creyó que debia comunicarles las sospechas que, gracias á las sugestiones de Furbicio, le inspiraba Moulinet.

—¿Cuál es la profesion de ese hombre?—preguntó el juez de instruccion.

—Es criado de la granja,—contestó el sargento.

—¿Qué causa, segun vos, puede haber armado su brazo?

—Lo ignoro absolutamente. Pero desde que he llegado aquí, le he visto constantemente pálido, temblando, turbado como si tuviera un crímen sobre la conciencia y temiera ser descubierto.

—Vamos á interrogarle.

Se dió una órden, y el sargento introdujo á Moulinet, á quien sus piernas no podian sostener.

—Tranquilizaos,—le dijo el juez de instruccion, y procurad responder claramente á mis preguntas.

Moulinet balbuceó algunas palabras que parecian una protesta de inocencia.

El juez fingió no haber oido, y replicó:

—¿Sabeis alguna cosa que pueda darnos luz acerca del crímen cometido en esta granja?

—Nada, señor,—dijo Moulinet recobrando un poco de tranquilidad.—Yo habia cenado en la mesa con todos y no la abandoné hasta las nueve. El amo salió para respirar el aire de la noche, dirigiéndose al patio. Yo salí al mismo tiempo que él para ir á echar el pienso á los caballos. Acababa de entrar en la cuadra, cuando oí una detonacion y un grito. Me lancé fuera y encontré á mi desgraciado amo tendido en tierra sin movimiento. No he visto

más que á él, y nada ha podido indicarme de qué lado habia partido el tiro.

—Nosotros lo sabemos ya,—contestó el juez de instruccion.

Despues, añadió:

—Es decir, que en el momento en que se disparó el tiro, miéntras que el crímen se cometia, ¿ya no estabais en la sala comun?

—No señor.

—¿Y pretendeis que acababais de entrar en la cuadra?

—Es la verdad, la pura verdad.

—¿Os acompañaba alguno?

—No señor, estaba solo.

—Es sensible para vos,—respondió gravemente el juez de instruccion.

Al mismo tiempo se volvió hácia el procurador imperial y el juez de paz, y les dijo en voz baja algunas palabras.

La vista de los magistrados discutiendo entre sí por su causa, amedrentó á Moulinet, que oía sin cesar resonar en sus oidos la terrible acusacion de Pascoul moribundo. Perdió completamente la cabeza, y, llorando á lágrima viva, cayó de rodillas en medio de la sala.

—Soy inocente, señores,—exclamó;—soy inocente, ¡yo os lo juro!

Pero los magistrados continuaban hablando entre sí.

—Señor oficial,—dijo por fin el juez de instruccion al jefe de los gendarmes;—os confio este hombre. No en calidad de preso, pero importa que esté custodiado á nuestra disposicion.

—Soy inocente,—repitió el desgraciado Moulinet.

—Pues bien, no os apureis entónces,—dijo el oficial conduciéndole á un cuarto inmediato.—Si sois inocente, os dejarán tranquilo.

—No está probado que ese hombre sea culpa-

ble,—hizo observar el procurador imperial.—Convendria saber si tenía algun interes en matar á Pascoul.

—Eso es lo que averiguaremos interrogando á la gente de la granja,—respondió el juez de instruccion.

Se hizo comparecer á Federico Borel, cuyo aspecto de listo y buenas maneras habian llamado la atencion de los magistrados.

—¿Sois vos el pariente de la víctima?—le preguntaron desde luégo.

—Su primo, señor juez,—contestó Federico con voz resuelta.

—Entónces, podeis informarnos acerca de las relaciones que existian entre el desgraciado Pascoul y un criado llamado Moulinet.

—Esas relaciones eran excelentes. Moulinet es el servidor más antiguo de la familia. Su vida entera la ha pasado aquí.

—En el momento en que el crímen se ha cometido, ¿es verdad que ya no estaba en la mesa?

—Eso es verdad; pero estaba en la cuadra. Cuando oí la detonacion, salí, y ántes de haber visto á mi pobre primo bañado en su sangre, ví á Moulinet que se lanzaba fuera de la cuadra con una linterna en la mano. Ahora bien; se os ha probado, señores, que el asesino estaba colocado en el camino, detras de la puerta principal de la granja; desde allí ha disparado.

Esta respuesta impresionó á los magistrados.

—Para alejar las sospechas,—dijo, sin embargo, uno de ellos,—Moulinet ha podido disparar el escopetazo desde el camino y precipitarse despues en la cuadra, de donde saldria cuando os ha visto prestar auxilio á su amo.

—Eso no es posible,—se apresuró á contestar Borel.—Desde que Pascoul salió hasta que se oyó la detonacion, se pasaron tres minutos escasos. Moulinet salió al mismo tiempo que mi primo, pero

no tenía escopeta. Así, pues, habria tenido que ir á buscar su arma á la cuadra, único sitio donde habia podido ocultarla, ir á colocarse detras de la puerta, cometer el crímen y volver en seguida precipitadamente á la misma cuadra. Todo esto, en tres minutos, me parece imposible. Por lo demas, se puede hacer la prueba.

—Es evidente,—dijo el juez de instruccion,—y vamos á hacerla.

Se dirigieron al patio. El oficial de gendarmes tomó la carabina de uno de los suyos, se colocó primero en la sala donde la víspera habia tenido lugar la cena, y ejecutó sucesivamente, con un gran cuidado, todos los movimientos que acababa de indicar Federico Borel. La experiencia duró tres minutos. Repetida varias veces, dió el mismo resultado. Era un cargo abrumador para Moulinet, puesto que este espacio de tiempo correspondia exactamente con el que habia trascurrido desde que Pascoul habia abandonado la mesa hasta que se habia cometido el asesinato.

—¿Qué decis ahora?—preguntó el juez de instruccion á Federico Borel, que continuaba á su lado.

—Digo, señor juez,—replicó el jóven un poco turbado,—que no puedo creer en la culpabilidad de Moulinet á pesar de esa prueba y á pesar de lo que he oido.

—¿Pues qué habeis oido?—exclamó con viveza el procurador imperial.

Federico Borel se turbó cada vez más y balbuceó algunas palabras.

—Tened la bondad de contestarnos claramente,—replicó el juez de instruccion.—Recordad que estais en presencia de magistrados que tienen el derecho de exigir de vos la verdad.

—Pero,—contestó Federico,—mi desgraciado primo tenía la fiebre y el delirio. Perdia la razon; estaba medio loco. No se puede dar ninguna importancia á su acusacion.

—¿De quién hablais?

—Del que acaba de ser asesinado, de mi primo, de Pascoul.

—¿Ha designado acaso, ántes de morir, á su asesino?

—Mas...—balbuceó Federico.

—Vamos á vér, explicaos,—dijo el procurador imperial.

—¡Pues bien! yo estaba solo en su cuarto, cerca de su cama, con Moulinet, cuando de repente, señalando á éste, gritó: «¡Véte, véte; tú amabas á mi mujer; tú eres el que me ha muerto!»

Los magistrados se miraron. Creian haber encontrado al culpable.

XVII.

—¿Por qué,—dijo el juez de instruccion continuando el interrogatorio de Federico Borel,—habeis tardado tanto en repetirnos las últimas palabras de la víctima? No se os puede, sin embargo, ocultar su importancia, y habeis debido hacérselas conocer al juez de paz, áun ántes de nuestra llegada.

—Ya he tenido el honor de deciros,—contestó Federico, que habia recobrado toda su serenidad,—que yo no daba valor á esas palabras. Cuando las ha pronunciado, mi pobre primo no sabía ya lo que decia; estaba como loco. Si hubiera estado en su cabal juicio, no se le hubiera ocurrido jamás sospechar de un hombre que le era tan adicto.

—Muy adicto, en efecto, puesto que lo era hasta el punto de amar á la mujer de su amo,—observó irónicamente el procurador imperial.

—¡Oh!—dijo Borel,—otras personas aman á mi prima Margarita y no se sospecha que hayan asesinado á su marido.

—¿De qué personas hablais?—preguntó el juez de instruccion.

—Hablo de un tratante en caballos que se llama Furbicio y que vive en la aldea de Fontblanche.

—¿Ama á la mujer de Pascoul? Vamos, basta de reticencias, explicaos,—dijo severamente el magistrado.

—¡Oh! puedo explicarme sin temor,—replicó Borel;—la cosa, por desgracia, se sabe en todo el país. Se dice por todas partes que Furbicio está á partir un piñon con Margarita.

—¡Se dice!—hizo observar el magistrado;—¿pero se presentan pruebas en apoyo de esa asercion?

—Es muy difícil tenerlas. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Yo las tengo.

—¿Cuáles son?

—Mas...

—Os requerimos para que nos las digais.

—Yo he encontrado á Furbicio y á mi prima que volvian una noche, en carruaje, del mercado de Isla y se besaban en medio del camino.

—¿Acaso sospechais que ese Furbicio haya cometido el crímen que nos ocupa?—preguntó el juez de instruccion despues de haber cambiado en voz baja algunas palabras con su compañero.

—Yo no digo eso,—contestó Federico;—pero mejor sospecharia de él que de Moulinet. Le creo muy capaz de todo.

—¿Dónde vive ese hombre? Vamos á hacerle llamar. ¿Estaba ayer en la casa en el momento del asesinato?

—No, señor. No se le vió en todo el dia. Llegó esta mañana, y despues no ha salido de la granja.

—Que le hagan entrar entónces,—dijo el juez de instruccion volviéndose al sargento de gerdarmes.

Y dirigiéndose á Federico Borel:

—No os alejeis,—añadió;—podemos necesitaros aún.

Algunos minutos despues Furbicio era introducido ante los magistrados.